

## La memoria, ó como no perderla (capítulo 1)

Dicen los que saben del tema que para que un músculo no se atrofia lo mejor es ejercitarlo continuamente y eso es lo que, entre otras cosas, he intentado con el Rincón desde que lo pusimos en marcha. Unos hacen un blog, otros una web y yo me he hecho un huequecito dentro de la de escudería sur.

Que nadie piense que este espacio está escrito desde el púlpito, Dios me libre, sino como siempre reza al final de cada rincón *“desde las cunetas”* que, aunque mis enemigos piensen que no las piso, continuo rompiendo muchos zapatos de andar por ellas. Creo que asistir de puro aficionado a pruebas de otras ciudades, otras regiones y otros países – incluso- te da una visión amplia de este deporte, que difícilmente se puede tener sin salir de nuestra región.

Es obvio que hay que salir fuera para apreciar lo que tenemos dentro, no me refiero ni a los políticos ni a los federativos, me refiero a los deportistas y a los Organizadores y creo que estamos en un nivel más que aceptable. Tal vez no tengamos el apoyo que tienen los del Norte, ni la pasta, ni el seguimiento mediático, pero intentamos suplir con mucha afición – al menos en lo que me toca –todas esas carencias tan importantes en el automovilismo.

Está claro que en este pequeño submundo que he creado bajo el nombre del rincón caben casi todas las cosas que a uno le va pasando en este deporte, opiniones sobre lo que vive, pasa u ocurre y experiencias positivas y negativas que inciden en nuestra vida cotidiana.

EL Rincón es para mí una terapia, una forma de contar lo que pienso de todas las situaciones que se dan a pie de cuneta, pero sobre todo lo que pretendo no es dejar huella de mi paso por este deporte, sino simplemente transmitir mi experiencia por si sirviera para algo a los aficionados que pretendan algún día *“pasar a la acción”* como oficiales, como copilotos, como participantes ó como simples colaboradores de pruebas.

En ese afán que siempre me ha movido de contar lo que pienso, ahora aprovechando que la actividad deportiva se detiene en verano, aprovecharé para contar por capítulos cómo llegué a este deporte, de qué forma he tocado todos los palos (como dicen los flamencos) y parafraseando a Groucho Marx, *“cómo partiendo de la nada alcancé las más altas cimas de la miseria”*.

Dado que la edad no perdona y de ahí el título – aprovecharé estos próximos *“rincones”* para hacer un ejercicio de memoria a fin de contaros algo que es públicamente conocido de todo el que anda metido en esto y es el plomillazo que todos tenemos dados, lo que ocurre es que el mío comenzó con 15 años y 40 años después aún no lo he perdido.

Espero que no os aburráis demasiado con mis historias porque están contadas con la misma pasión con la que siempre he vivido este deporte que me ha dado tan buenos momentos y que todavía me sigue poniendo los bellos de punta

### Un Chaval (ignorante)

Aún no me habían salido los primeros pelillos en la cara y todos los lunes me acercaba al kioko de San José en Cádiz con mis 12 pesetas a comprar la AUTOPISTA. Junto con VELOCIDAD eran las dos únicas revistas de motor que había entonces. Estamos hablando de principios de los 70 y las carreras de coches resultaban todavía algo tan inalcanzables no ya de practicar, sino simplemente de ver en directo.

Las fantasías de las carreras se difuminaban en un banco de la esquina de mi casa discutiendo con un amigo dos años mayor que yo sobre aquellas fotos de coches volando por los rallyes de tierra que veíamos hasta la saciedad en las viejas AUTOPISTAS que él coleccionaba. Con la misma ignorancia superlativa con la que hoy habla mi peluquero de los reglajes del coche de Alonso, mi amigo y yo preparábamos sobre el papel un Seat 1500.

Mis entretenimientos siempre tenían relación con este bendito mundo, desde quedarme con las matrículas de muchísimos coches que tuvieran algo de particular hasta fijarme en detalles tan pueriles como el sonido de los escapes de los coches. Éramos capaces con los ojos cerrados de averiguar qué modelo era y si alguno ya llevaba un doble escape ó un R-8 (de Renault no de Audi) le ponía el escape del TS ya era la hostia.

Aún con 16 años, del banco de la esquina de casa donde transcurrían gran parte de los fines de semana, pudimos pasar a ver por primera vez un rallye en directo. Fue en Septiembre del 73 y los cuatro amigos nos llevamos un año entero echando monedas en una hucha para sufragar los gastos. El mayor de todos (18 años) le pidió el coche a su padre y allá que nos fuimos a ver algunos tramos del Rallye del Sherry. Sólo los más viejos aficionados recordarán esta competición que duraba 5 ó 6 días con tramos de tierra y asfalto, que recorría toda Andalucía y que un año incluso salió del Circuito del Jarama. Aquel año vimos dos tramos de un día, me acuerdo que uno era La Muela de tierra que acababa cerca de Olvera, y el tramo de La Ribera del día siguiente – entonces se llamaba la Borreguilla-. Este último lo vimos por la tarde ya que por la mañana fuimos al Instituto a examinarnos de reválida y cuando acabamos subimos zumbando a Grazalema.

Cuando la memoria falla cada día más, parece mentira cómo puedo recordar como si lo estuviera viendo, el Alpine Oficial de Juan Carlos Pradera tomando las primeras curvas del tramo de La Muela y la emoción que sentí no sólo al ver pasar los coches; oírlos, sentir el ambiente de las cunetas, todo aquello que tantas veces había soñado se estaba haciendo realidad y superaba con mucho todas mis expectativas.

Aquella experiencia me enganchó tanto que aquel año no acabaría sin vivir otra prueba en directo. Así el primer fin de semana de Diciembre – me parece que fue el puente de la Inmaculada- convencí a mi padre y nos llevó a mis amigos y a mí a Almería a ver el Rallye Costa del Sol, que es como se llamaba entonces. Campeonato de España y tierra y asfalto, allí pude ver aquellos Seatones rojos con los capos negros con Babler y Cañellas al volante y, sin saberlo, asistimos al debut mundial del Lancia Stratos.

Aquel año me pareció fantástico, había podido ver ya dos rallyes y ya estaba enganchado completamente; tenía claro que ese sería el amor de mi vida, la causa de mí existir pues la sensación que me producía aquél mágico mundo no tenía comparación con ninguna otra cosa.

Tenía 16 años, toda una vida por delante con las miles de volteretas que daría desde entonces, pero allí mismo descubrí que este deporte minoritario, al que solo íbamos cuatro locos en la provincia de Cádiz, algún día debería ser algo importante y yo iba a trabajar por ello.